

ULISES NOVO



AUTOPSIA | GIOCONDA
de uma

AUTOPSIA
DE UNA GIOCONDA
Ulises Novo

A quienes me leen sin temor

“Qué vida tan espantosa llevan los niños (...)

Y no pueden contárselo a nadie”

Los años, de Virginia Woolf

Que mi padre se suicidara no fue un accidente.

Quisiera que lo hubiese sido. Pero que atentara contra sí mismo de la forma en que lo hizo obedece a varias razones. Una y quizá la más importante soy yo, mi nacimiento, que yo usurpara un espacio de su vida, que me incluyese en su biografía junto a mi madre y a mi hermana Lith.

Que mi padre se suicidara no fue un accidente.

Desde entonces, ya no he vuelto a visitar El Louvre. Tampoco me he visto en el compromiso de volver a hacerlo. Sé que La Mona Lisa inspiraba a mi padre. Lo nutría, pues era la excusa perfecta para que yo lo cogiese de la mano durante horas, esas tardes libres que seleccionaba para hablar conmigo a solas, para deshacerse de su mundo, de la realidad que parecía haberle dejado de interesar.

Y lo entiendo. Después de su muerte, logro entender aquello de lo que huía,

como si él mismo supiese que aquella decisión de tenerme tan próxima no se pudiese sostener mucho más en el tiempo.

Aquí estoy, cerca de Des Gaulles, en el interior de una cafetería, esperando a un hombre. No lo conozco de nada. Una amiga nos ha puesto en contacto. Fanny no quiere verme triste, así de triste. “*Una depresión no es estar triste*”, le he repetido en muchas ocasiones, pero no ha cejado hasta lograr que yo accediera y me sentase aquí, delante de un café, pendiente de esa puerta de doble hoja, un vestigio modernista por el que entran y salen estudiantes, madres con carritos y, de vez en cuando, alguna pareja que acaba de hacer footing.

Que mi padre se suicidara con una escopeta de caza no debería formar parte de la conversación de esta primera cita, suponiendo que luego haya una segunda.

Lo dudo. No puedo confiar en una amiga como Fanny. Tiene un gusto horroroso para los hombres. Pero, bueno, intentaré ser amable con mi cita. Hablaré. Simplemente hablaré. No, mejor no. No quiero parecer excesivamente locuaz y extrovertida. Me limitaré a escuchar y, si hablo algo, lo haré sobre literatura, por ejemplo.

Según Fanny, el tipo sabe mucho acerca de poetas ingleses. No soy una experta en Byron ni en Percy B. Shelley, pero intentaré dejar que se exprese, que su orgullo se alimente de mi incompetencia, aunque yo también apuntaré algo para no parecer maleducada, para no ofender a Fanny, para no dejarla en evidencia ante su amigo, que puede pensar que ha perdido la tarde con una estatua.

No me queda otra opción. Cuando me pida mi número de teléfono, le diré que no estoy preparada todavía para una relación. Que, ahora mismo, no estoy interesada en conocer a nadie porque estoy involucrada en los negocios de papá; unas inversiones en hostelería a las afueras de París parecen interesarme. Añadiré que debo estar concentrada en esta oportunidad, especialmente, si, dentro de unos años, el país vuelve a entrar en recesión.

Si insiste con vehemencia, con esa vehemencia enfermiza que caracteriza a algunos sujetos babosos y enamoradizos, no me quedará otro remedio que

confesarle que mi padre se voló la cabeza y que yo, de alguna manera, permanezco todavía junto a su cadáver en la alfombra de aquel despacho, espacioso y antiguo. Todavía, sí, todavía permanezco allí.

Le confesaré, además, que atravieso una depresión de la que difícilmente podré salir, porque no estoy haciendo caso a mis médicos. Podré apostillar, si aún no se ha marchado o intenta aconsejarme, que mamá tampoco se ha recuperado de la ausencia de mi padre, que vive por vivir, que es adicta a diversos opiáceos que la sumergen en un sueño de fatigas y balbuceos cuando llegan las cinco y se toma su té con leche.

En efecto, a las cinco, la medicación le hace efecto y deja de ser un animal doliente para ser un animal que hiberna. A veces, se levanta de madrugada, enciende el televisor y se pone a ver algunos episodios de *Juego de Tronos*, pero sé que no los ve en realidad.

Cuando hablo con ella dos veces por semana, soy testigo de sus mentiras, de la farsa en la que quiere involucrarme. *“Lo sé, mamá, necesitas hacerlo. Necesitas simular que perteneces al mundo de los vivos. Que eres mortal, tristemente mortal. Necesitas simular que estás interesada por una trama que se bifurca continuamente”*.

Mamá no ha comprendido nada de esas serie, porque su cabeza está en otro sitio, porque no se ha deshecho del cadáver de mi padre, como tampoco lo he hecho yo. Ni pienso hacerlo, aunque los médicos traten de explicarme que es contraproducente que persista en la misma idea, en las mismas imágenes; zafias imágenes que recreo una y otra vez en mi cabeza con intención de martirizarme. Es lo más parecido a pasear continuamente por el corredor de la muerte, un hundimiento inédito y exclusivo que solo me atañe a mí y del que Lith y mamá están al margen o quieren estarlo.

Si el tipo, con el que me ha citado Fanny me deja su tarjeta para quedar algún día, podré enseñarle las marcas de mis antebrazos, líneas que se bifurcan como las tramas de *Juego de Tronos*, heridas que escarban su propia carne en busca de la oscuridad más allá de los huesos y de los tendones.

2

Que mi hermana no me hable apenas desde la muerte de papá, tiene también una causa. Siempre fue una hermana celosa. Siempre quiso el mayor de los protagonismos. Pero qué equivocadas estábamos.

Papá me quería a mí. Solamente a mí. Y eso no lo soporta. No puede admitir que ella no fuese la preferida, pero a la que papá iba a echar de menos, si Lith tomaba la decisión de estudiar fuera de casa, en una escuela de cocina, a pocos kilómetros de París.

Mi hermana lucha contra el tiempo, contra un matrimonio que va a destrozarse desde el silencio que roe la carne, que inculca el veneno invisible del inconformismo, el veneno invisible de los incendios salvajes que arrasaron los bosques y jardines de la periferia, arbustos y arces que crecen sin control hacia zonas lacustres.

Mi hermana será una disidente de sí misma porque no ha sido capaz de comprender el amor paterno, ni mi amor hacia ella, pues fui yo quien se sacrificó para que estuviese protegida, para que no se pareciera a mí, ni imitara mi vida, la que he prostituido en la terrible orfandad de no poder interpretar aquella violencia que mi padre exhibió al volarse la cabeza en su

despacho.

Piso la tierra fría cada vez que retomo la calle Les Heures y escucho el ruido emponzoñado del tráfico, el oleaje de los turistas que no dejan de hacerse fotos delante de las estatuas y las fuentes.

Papá odiaba las fotos. Papá amaba la intimidad, mi intimidad, la oscuridad de la que Lith y yo alguna vez tratamos de huir para que sus manos buscasen otras víctimas. Pero nunca fue suficiente. Nunca lo fue. Nunca encontramos la liberación.

Tal vez, no la quisimos. Tal vez, mamá no fue un buen asidero, el apoyo que Lith y yo (sobre todo yo) necesitábamos para reencontrarnos con la serenidad y la inocencia de nuestras compañeras de clase.

A papá lo queríamos, pese a todo. Porque a papá lo estaba acechando su propio monstruo. Por esa razón, quizá lo acompañaba al Louvre para detenernos delante de La Mona Lisa, como si, en aquel enigmático rostro, mi padre pudiese encontrar una explicación a su propia naturaleza; ¿qué atrae, en realidad, a lo que está oculto, pero que es hermoso ante los ojos de los demás?

El arte.

La muerte y el arte pueden ser una respuesta muy próxima a la verdad que yo, por entonces, desconocía. Porque era rabiosamente feliz. Porque mi hermana, a la que ya le habían crecido los pechos, miraba de soslayo, esperando un gesto amable de papá. Pero papá había tomado la determinación de escucharme solo a mí.

Mi cita no debe saber nada de esto, porque, en realidad, no es nadie, ni nada. Mi cita no es otra cosa que una nueva estrategia para matar el tiempo.

Vuelvo a leer el inicio de *Los años*, de Virginia Woolf, una edición de bolsillo que llevo encima desde hace meses. Pero soy incapaz de pasar de las primeras páginas. No me apetece leer. Hay algo impuro en ese libro, cuando intento acercarme a su escritura con tal de olvidar diversos acontecimientos de mi vida.

Tampoco me apetece este café que me acaban de servir. ¿Por qué tengo que citarme con un hombre del que no sé nada? Un hombre que, en caso de gustarme, huirá de mí cuando sepa lo que hizo papá y lo que hace mamá cada vez que la visito, o lo que calla mi hermana cuando intento hablar por teléfono con ella.

Ahí está. Tal y como me lo describió Fanny. Pensaba que estaba exagerando para que no le diese un “no” por respuesta. Es alto. Robusto. Tiene un pelo oscuro y largo. Hombros anchos.

No está mal.

Creo que ya me ha visto. Sonríe con una timidez que roza la teatralidad de quien mira sorprendido a alguien que parece interesarle. Hay un exceso en esa gesticulación que no me gusta, pero, sin embargo, me gusta cómo camina. Parece que mi estampa, en este rincón, junto a esa foto de París y bajo la lámpara con cenefas, no le ha disgustado.

No sé si darle la mano. No sé si preferirá un beso en la mejilla. O dos. Me cuesta entender que las costumbres francesas se vayan perdiendo con esta velocidad vertiginosa, donde las redes sociales han hecho que la intimidad salte por los aires.

Cierro el libro. Solo puedo decir una cosa. Que me recuerda a papá. No sé por qué. Será ese gesto de ilusión contenida que expresa su rostro; el mismo gesto de mi padre cuando yo entraba a la cocina por la mañana, descalza, con el pelo revuelto y con un hambre canina.

Aún lo puedo ver, apoyado en la isla, con la taza de café entre sus manos, imaginando que un día de lluvia también merece el perdón y la alegría de vivir. “*¿Verdad que sí, pequeña?*”.

Llego a casa. Abro la puerta. Escucho la música. Suelo dejar encendida la radio para disuadir a posibles ladrones. París se está llenando de gentuza. Luego cierro y corro los dos pestillos. Dejo la llave en la cerradura. Respiro hondo. La cita ha durado más de lo que pensaba.

El tipo es encantador.

Se llama Henry. Sus padres son argelinos. Sabe comunicar. Está estudiando un máster sobre didáctica de las nuevas tecnologías. Imparte clases de francés y árabe en una academia, al lado de la plaza de Les Flaveurs, cerca de la estación de bomberos. El sueldo es miserable, pero le permite pagar el alquiler y comprar lo necesario para subsistir.

No ha querido hablarme de literatura ni de poesía romántica. La conversación ha girado en torno a política. Es determinante en muchas de sus declaraciones, lo que significa que es un hombre que está concienciado con los problemas de su tiempo. Irónicamente, podría decirse que Henry es *un hombre claramente contemporáneo*.

Me gusta la seguridad en un hombre y en una mujer. Es un rasgo de supervivencia, una manera sincera de enfrentarse a la adversidad.

Mi padre no fue determinante jamás con sus sentimientos, a diferencia de con los negocios. Aparentaba ser un carácter inflexible en su manera de gestionar las emociones, pero estaba destruido por dentro, pese a la continua demostración de su soberbia y su ambición desmedidas, que la había llevado a comprar diversas patentes en la industria de los plásticos.

Los beneficios nos llevaron a ascender al más alto de los estatus dentro de la sociedad parisina; ese estatus, en el que el hombre de negocios se considera un hombre heredero de la Ilustración, un perfil conservador que es necesario para equilibrar el sistema, pues contrarresta los efectos despilfarradores de

funcionarios y aburguesados.

Me he limitado a escuchar a Henry. He intentado contribuir con opiniones que, a vista de cualquier testigo con un poco de inteligencia, se considerarían puras bagatelas.

Lo mejor, después de todo, es que hemos quedado para el jueves.

No sé si debo contarle en nuestra próxima cita que papá se voló la cabeza y que, en ocasiones, intento torturar al monstruo, sesgando tramos de piel y de carne, territorios que son hostiles para la perpetuación de mi persona, de mi talento y de mi proyección en un mundo que es limitado, salvo que, como, en este caso, una amiga como Fanny decida hacer algo como lo que ha hecho.

Que conozca a alguien interesante. Que conozca a una persona que parece distinguirse del resto de machos alfa que salen por la noche a la caza de coños talentosos y fáciles.

Por cierto, hace días que no sé nada de mi amiga. Está de vacaciones en Madrid con Richard. Me pidió que la acompañara, pero estaba claro que me lo propuso por compromiso. Ahora que intenta rehacer su vida con su ex, habría sido de una torpeza infinita unirme a la expedición.

Mi presencia habría contribuido un poco más al distanciamiento entre los dos. Fanny me conoce más de lo que imagino y sabe que puedo ser una persona tremendamente agotadora, si comienzo a sufrir crisis de pánico nada más embarcarme.

Tengo ganas de prepararme un café.

Tengo ganas de no dormir.

Tengo ganas de quedarme a oscuras viendo la tele, alguna película de cine americano de los cuarenta, que recomiendan en uno de esos canales que burgueses y anglófilos contratan para demostrarse a sí mismos que la cultura los hace más poderosos. “*Una ciudad como París está llena de intelectuales y vanidosos de mierda*”, nos repetía mi profesor de Economía Financiera cada vez que Houellebcq publicaba una nueva novela.

Tengo ganas de hablar con Lith, pero, cuando se ponga al teléfono, me responderá con monosílabos y, cuando pruebe a preguntar por mis sobrinos, el silencio se sostendrá en un tiempo que ella ha calculado lo suficientemente incómodo para que no me quede otro remedio que colgar, sin decir “*hasta luego*” siquiera.

Lo he pensado mejor.

No cenaré.

No veré ninguna película, porque tengo que empezar a empaparme de política, así que debería buscar por *Youtube* alguno de esos documentales en los que aparezca el nombre de Pierre Bourdieu, al que Henry no paraba de citar.

Tengo que aprender sobre la evolución de los nacionalismos y comprar libros sobre la Segunda Guerra Mundial.

Qué equivocada estaba al afirmar que no habría una segunda cita.

No sé qué me pondré el jueves. Mi vestuario es bastante infantil. Desde el suicidio de mi padre, he estado al margen de las modas. Cada prenda que me coloco es un homenaje al siglo diecinueve.

Tengo que impresionarlo. Mañana, cuando hable con Fanny, le pediré consejo, si es capaz de cogerme el teléfono, si es que no está follando con Richard en la cama de un hostel o en los aseos de algún museo.

Qué pocos recursos estilísticos tengo para manejarme con la ironía.

Qué equivocada estaba al afirmar que Fanny tenía un gusto horroroso con los hombres.

Me sorprende que un hombre como Henry no haya encontrado a nadie con quien formar una familia. Quizá se deba a sus necesidades económicas. Leí en el ensayo de un sociólogo que una ciudad como París te adiestra en la esterilidad y en el celibato.

Es, además, una ciudad muy cara para echar raíces. Mi padre, entre otros, tiene la culpa de que sea así. Sus inversiones en hostelería y en inmobiliarias

han condicionado el elevado precio de las viviendas y el recorte en subvenciones.

Henry es una víctima de la soberbia de mi padre, de su afán por conquistar espacios, de su ansia por doblegar a sus semejantes a través de hipotecas e impuestos diversos. A los gobiernos no les queda otra manera de actuar contra las exigencias de depredadores como mi padre, quien, después de todo, se voló la cabeza para protegernos.

No quiero parecer entrometida, pero creo que la conversación del jueves debería girar en torno a nuestro pasado sentimental. Lo que no sé hasta cuándo seré capaz de evitar el tema del suicidio de papá y de la inestabilidad emocional en la que mi familia subsiste, pese a tener garantizadas todas las necesidades económicas.

No sé si Fanny le habrá contado algo.

Al final, me haré una ensalada. Prepararme un café en este momento es alentar el insomnio, adelantar los efectos del laxante que tomo para contrarrestar los efectos secundarios de los ansiolíticos y los antidepresivos.

No quiero parecer una mujer enferma en nuestra próxima cita, puesto que creo que todavía no se ha llevado una mala impresión de mí. Si fuese así, no habría quedado conmigo de nuevo.

Henry no parece de esos hombres a los que le gusta perder el tiempo. Necesita dinero y se pasa casi todo el día en la academia, impartiendo clases a adolescentes que se niegan a aprender, a profesores que necesitan mejorar sus calificaciones en los cursos de formación que debe realizar el funcionariado docente.

Mamá siempre me ha dicho que hay hombres maravillosos a nuestro alrededor, hombres que no hacen ruido, que no miran con la intención de desnudarnos, hombres aburridos, hombres que coleccionan cromos, que pasan mañanas enteras podando el jardín, hombres que no cambian de canal, hombres que no roncan, hombres ordenados, hombres sin libido, hombres que alguna vez se disfrazaron por compromiso, hombres que no beben, hombres que leen un rato cada noche y que dejan las gafas sobre la mesita, un símbolo ancestral del descanso merecido después de una larga jornada de trabajo.

Papá no era un hombre maravilloso. Lith lo sabe. Por esa razón, mi hermana deja que el tiempo pase al otro lado del teléfono, que el silencio y las interferencias se carguen mis buenas intenciones. ¿Qué intenciones son esas? Son las intenciones de comenzar de nuevo con algo parecido a una relación fraternal, tal y como ordenan los cánones.

Hace tiempo que no me cruzo con ningún vecino.

Hace tiempo que no compro huevos.

Hace tiempo que no reviso las cuentas de papá.

Hace tiempo que no tengo un orgasmo.

Hace tiempo que no ordeno mi biblioteca.

Hace tiempo que no visito El Louvre.

Hace tiempo que no hago abdominales.

Tengo que aprender mucho de política. No puedo defraudar a Henry.

Tengo que comprarme un vestido para el jueves. No es necesario un vestido. Quizá, con una blusa y una falda sea suficiente.

No debo parecer una puta. El decoro es necesario para simular que somos otra cosa. Tengo que camuflarme, ser irreconocible para mí misma y para el monstruo.

El decoro es el pretexto que Da Vinci empleó para pintar su obra maestra. Porque el decoro y el orden que representa La Mona Lisa solamente es el enmascaramiento de una tentación tan violenta como adictiva, un escupitajo en la cara, una invitación al pecado a través de una mujer serena, que mira sin altivez. Pero todo es un simulacro.

Por culpa de esa pintura, me llamo Lisa. Mi padre fue el responsable de esa decisión, como si quisiera que yo fuese una traslación de la esposa de Francesco Bartolomeo de Giocondo.

Detrás de esa mujer, hay un mundo, la ocultación de una criatura que enferma de hipocresía y de ira. Lo sé. Lo puedo comprobar todavía en los ojos de papá, en sus palabras perfectamente seleccionadas cuando tenía que hablar de Da Vinci.

Tengo que maquillar las heridas, renunciar a su énfasis y al exhibicionismo que entrañan cuando me desnudo. Tengo que cubrirlas de un polvo fino y blanco que deje solo a la luz el esbozo de una trama que Henry habrá de descubrir cuando llegue el momento, si es que llega ese instante propicio en el que mis virtudes importen más que mis defectos.

No puede verlas todavía. Tengo que evitar que pregunte por papá y por mamá, a la que no he visitado desde el sábado. No tengo perdón. Cualquiera

día llama un vecino a la puerta para comunicarme que un olor nauseabundo emana del apartamento cincuenta y tres. Y yo sabré entonces que ella ha podido, finalmente, liberarse.

Tengo que hacer tantas cosas.

Tengo que hacer...

Tengo que...

Hace tiempo que ...

6

Hoy ha llegado tarde a la cita. Estaba comenzando a inquietarme. Con lo que me había costado ponerme este escote. No he podido contactar con Fanny y no sé si he pecado de atrevida con este vestuario. *“Si un hombre no te mira a las tetas, es que no le interesas”*, suele decirme cuando lleva dos copas de más. Admiro ese pragmatismo, pero, por otro lado, me parece tan obsceno y de tan mal gusto que Fanny considere que una mujer como yo interese a los hombres solamente por el físico.

Lo he notado nervioso, como si hubiese pasado un día bajo la presión del estrés o la ansiedad. Me han dado ganas de darle algunos de mis ansiolíticos, pero luego se ha ido calmando y todo ha seguido bajo el yugo de la normalidad y de la quietud.

Ha pedido café y yo lo he acompañado con un capuchino. Me gustan los capuchinos que hacen en esta cafetería. Según Fanny, el dueño es hijo de italianos. Además, todo indica que sabe lo que hace; que la espuma ha de rendirse a esa presión de un aire contenido, que se evapora nada más rozar la humedad de la boca con una ligera aspiración en la que lo dulce se dispersa por el paladar. Se trata de un elemental efluvio de sutilidad, un sabor a miel que se diluye entre la saliva hasta desaparecer.

Me ha estremecido cuando he escuchado de los labios de Henry que sus padres estuvieron a punto de morir en las protestas del sesenta y ocho.

Su madre estaba embarazada por aquellos años. Podía haber aprovechado ese momento para hablarle de mi familia, del carácter apático de mi hermana y de la falta de épica en el matrimonio de mis padres, un matrimonio que nos condujo en la niebla hasta el borde de un precipicio. Solo mi madre advirtió la altura del macizo y, en vez de tirar de nosotras para que nos salvásemos, prefirió darse la vuelta y regresar a la frondosidad del bosque.

Sin embargo, mi padre prefirió no retirarse, seguir a nuestro lado, caminar por la cuerda floja, cruzar por un puente invisible hasta ese punto donde la fuerza de la gravedad no puede ignorarse. Pero, ¿de qué habría servido que Henry conociese el mal? Probablemente, al conocerlo todo, lo habría perdido para siempre y le habría fallado a Fanny, que se ha molestado en encontrar a un joven que pueda ilusionarme, sacarme del pozo, entretenerme.

Quizá, Henry me habría mirado a mis ojos azules y, sin verbalizar nada, me habría juzgado allí mismo.

Quizá, luego, más tarde, por teléfono, me habría pedido perdón para luego recitarme una y otra vez esa frase tan recurrente y maldita, nacida de un diálogo entre enamorados que juegan a esconderse: *“Podemos ser amigos”*.

Por suerte, no se ha interesado por mi familia. Ha sido como si hubiese intuido de alguna manera que yo trataba de evitar el tema. Es fácil darse cuenta de que los sustantivos *“padre”* y *“madre”* provocan en mí cierta exasperación que cuesta disimular, así que la independencia de Argelia ha sido el principal tema de conversación y ha ocupado la mayor parte del tiempo, después de que analizase los estragos y dificultades a los que tuvieron que enfrentarse sus

padres al llegar a Francia.

Para ellos, fue como afrontar una nueva colonización. Las nuevas generaciones de argelinos en París están tratando de borrar esas lamentables y fatídicas consecuencias que fueron las muertes de algunos compatriotas durante las manifestaciones. Nadie habría pensado que un gobierno democrático y, después de conocer el nazismo, se fuese a comportar como lo hizo la administración francesa.

Para Henry la heroicidad del pueblo galo murió con aquellos disparos a la turba y con los ahogamientos de muchos jóvenes en el Sena. Las fotografías de los cuerpos arrastrados por la corriente están ahí, en la memoria de una democracia que ahora corre el riesgo de perder mucho de lo que ha ganado con el resurgimiento de los nacionalismos.

No sé si ha mirado mi escote. No sé siquiera si se ha fijado en mi cambio de look, en la armonía de colores que han logrado mi vestido y mi maquillaje.

No sé qué pensar. No quiero volverme loca.

Hoy me tomaré las pastillas y no cenaré. Procuraré avanzar en la novela de Virginia Woolf. Qué suicidio el de esta escritora. Se llenó los bolsillos de piedras y se sumergió en el río Ouse.

Volarse la cabeza debe ser como llenarse de piedra esos bolsillos.

Alguna vez debería hacer la prueba y así contribuiría, con mi muerte, a homenajear a la escritora inglesa. Sería como comulgar con los cadáveres de los argelinos que arrastró el Sena. Pero no tengo la suficiente fuerza para hacerlo y, ahora que he conocido a Henry, destrozaría a Fanny.

Supongo que mi hermana Lith y mamá esperan que alguna vez un gendarme llame a la puerta de sus casas y les notifique que han encontrado mi cadáver en la bañera de mi céntrico apartamento; un cuerpo desmadejado, desangrado, una estampa morbosa donde los colores rojo y magenta corrompen la pureza de unos azulejos blancos, de una bañera esterilizada, fabricada para que los cuerpos se desprendan de la suciedad y los residuos.

No logro comprender muchas de las cosas que han pasado desde que papá se volase la cabeza. Mis médicos me explican una y otra vez que tratar de

comprender algo así solo va a complicar las cosas.

Y lo que necesito ahora, tal y como defiende Fanny también, es olvidarme de mí misma, dejar que el narcisismo que caracteriza a enfermas como yo, pendientes de los síntomas de la propia depresión, se diluya como la espuma de ese capuchino que he tomado junto a Henry.

Pero, luego, cuando visito a mamá, el mundo se me viene abajo y entonces trato nuevamente de comprender. Trato de comprender por qué sucedió y, aunque lo sé con certeza, mi cerebro necesita buscar otras motivaciones, menos horribles, más transigentes con el dolor que escarba mi carne y la endurece.

No es tristeza exactamente. No hay una palabra exacta que pueda definir ese estado de abatimiento, en el que las agujas que se clavan en ti alivian el peso de un cadáver sobre tus hombros. El dolor obliga a que no me hunda con las piedras en los bolsillos, a que salga a respirar a la superficie, a que me atreva a quedar con Henry nuevamente.

Será este sábado. Iremos al cine antes de ir a cenar. Buscaré un sitio barato. Sus clases en la academia no le dan para invitarme a esos restaurantes del centro. Me gusta esa sinceridad que conlleva la humillación involuntaria.

Podría invitarlo yo. El dinero fue otro de los legados que nos dejó papá, pero entiendo esa actitud halagadora de los hombres en las primeras citas, ese empeño en demostrar a mujeres como yo que la cortesía y la caballerosidad son valores que perpetúan de alguna manera el vínculo social y sentimental entre las parejas.

La sociedad parisina sigue siendo muy conservadora en algunos aspectos. Parece atenerse todavía a un romanticismo caduco y obsoleto, propio de las películas americanas y de muchas novelas victorianas donde la mujer era incompatible con la rebeldía.

Quizá Henry sea uno de esos hombres maravillosos de los que hablaba mamá. Pero no me parece un hombre especialmente aburrido. Muestra vehemencia y convicción en sus pensamientos políticos.

A papá no sé si le habría gustado como marido para su hija. Pero eso ya da

igual. No tuvo los redaños necesarios para luchar por mí. Prefirió volarse la cabeza en su despacho y a que yo lavase más tarde la alfombra, a que me sintiera culpable de una decisión en la que yo no pude tomar parte. Habría sido bueno que me escuchase aunque, un poco más tarde, se pegara el tiro.

Creo que ahora viviría mucho más serena y podría acercarme a El Louvre para contemplar la obra de Da Vinci, sin temor a que el monstruo se agitara en mi interior y en el interior de esa obra, donde una mujer mira con la nobleza seductora de quien se siente superior al resto; una mujer dominadora de unas gentes que buscan, en su tibia sonrisa, una razón para estar ahí, frente a la obra, con su torrente de selfis y de flashes.

Henry no se merece saber nada de esto que estoy escribiendo. Lo podría estropear todo.

Fanny sabe por lo que estoy pasando.

Fanny es mi mejor amiga. De hecho, es la única que tengo. Es la que aún me empuja a que haga cosas como quedar con este joven, del que no sabía nada y al que me interesa seguir conociendo.

Deberé abrirme a Henry algún día, pero lo haré cuando el vínculo entre nosotros sea sólido, cuando las heridas cicatricen un poco más hasta llegar a una cauterización que apenas las haga visibles.

Es mejor así. La erosión debe tardar. La erosión debe perjudicarnos lo menos posible, la erosión de saber a qué estirpe pertenezco, a qué enferma y obscena estirpe pertenezco.

Descansa en paz, papá. Ojalá alguien, entre los vivos, pudiera verte allá donde estés, para relatarme cada una de tus acciones; hasta qué punto te sigue resultando hermoso e inspirador contemplarme cada mañana con mis pies descalzos, con mi pelo revuelto, con la luz que mancillaba mi mirada, cada vez más perdida, esa luz que entraba por una claraboya al fondo, recién restaurada, una insignia de que éramos una familia poderosa, un clan condenado a enriquecerse sin hacer nada, desde el mismo momento en que tus patentes e inversiones nos elevaron por encima del resto de familias parisinas.

Pero sabes bien que nos estábamos desmoronando por dentro. Mamá, Lith, tú

y yo. Cada uno se desmoronaba a su manera. El declive nos unía y la tentación de callarlo todo era mucho más seductora que abrir la boca y escupir el odio tribal que nos había hecho semejantes, réplicas de un mismo demonio, alados insectos que arden cerca de una hoguera en mitad de la noche.

Siento decirlo así, pero no hay otra manera. Henry no debe ser responsable de lo que sucede en mi cabeza, de lo que sigue sucediendo en la cabeza de mamá y en la de mi hermana, tu hija, a la que protegí con esa soledad que compartimos tú y yo mientras Lith crecía sana y salva.

No voy a dejar que Henry se manche de toda esa mierda. La corrección fue siempre una virtud demasiado falsa, el aullido que, en la loma, desploma a las presas y altera a otros machos de la manada.

La escritura, esta escritura, me está ayudando a entregarme a mí misma, al vacío que queda comprendido entre la superficie de las aguas, en las que mi cadáver debería estar suspendido, y ese hilo de claridad que atraviesa su inquietante transparencia.

Lo que no puedo expresar con las palabras queda a merced de esta letanía de imágenes y metáforas que leo una y otra vez, y que no sé si deberá ver la luz algún día. El dolor pervive, por desgracia, a través de este lenguaje, el mío, no tuyo. Nunca fue tuyo.

Necesito este dolor. No necesito las pastillas, ni las consecuencias de tu enfermedad, la que nos contaminó y nos introdujo en el mar de niebla en que se ha convertido la intimidad, todo aquello que debía ser privado y ahora está expuesto a la violencia y a la vergüenza de lo que digan los otros.

No sabes cuántas veces he deseado ser invisible como el resto de parisinos y extranjeros que se agolpan delante de La Gioconda y no perciben la verdadera sonrisa del monstruo. Se quedan en la superficie, en la figura de una mujer que mira sin mirar realmente, que cruza sus manos sobre el regazo de un vientre hostil, condenado a engendrar criaturas como tú y como yo.

Papá, tu suicidio se relató en televisión. Ocupó páginas en los periódicos. Eras una persona importante, aunque, para mí, no fueses otra cosa que la indigencia hecha hombre, el repudio a la protección paternal que unas hijas como Lith y como yo merecíamos.

Pero te necesitaba. Necesitaba que me acompañases hasta el borde del precipicio, que despidiésemos a mamá y a Lith en aquel punto sin una geografía concreta, que retomásemos el camino invisible sobre las nubes blandas, más allá de la colina donde aúllan los lobos.

Tuve una buena profesora de Literatura en la Primaria. Esa profesora me enseñó a escribir tal y como lo hago ahora. Lo que aprendí en la facultad no añadió nada a lo que Lily, que así se llamaba, me infundió con continuas lecturas de adaptaciones de clásicos, con continuas redacciones sobre temas banales.

Mi empeño en escribir cuentos y en rehacer una y otra vez los resúmenes que nos mandaba como actividad complementaria ha dado sus frutos.

La escritura no te pertenece, papá. Porque la escritura es un fracaso en sí misma. Y tú querías ser un triunfador. Querías dominar más allá de las pretensiones de cualquier hombre ambicioso que ha estudiado en Oxford o en La Sorbona. Eras hijo de granjeros y eso te marcó, como te marcó la muerte de tu hermano, un verdadero despropósito para alguien como tú que ansiaba salir de la podredumbre.

La escritura no perdona a los vanidosos, ni a padres que follan con las profesoras de sus hijas. ¿No te acuerdas de ella, verdad? ¿No te acuerdas de esa profesora? ¿No te acuerdas de mi querida Lily?

Los muertos no pueden recordar nada. Algo así me alivia, porque eso significa que yo, pese a la trama que las heridas han elegido para mi piel, estoy viva.

Significa que yo he quedado con un joven este sábado, un joven que se llama Henry.

Espero que elija una buena película. Odio el cine de terror. Odio tantas cosas.

Pero debo aprender a callarlas por el bien de la manada.

Por cierto, la novela de Virginia Woolf me sigue pareciendo tremendamente aburrida.

7

Temblamos.

Papá y yo.

Vuelas conmigo.

No estoy durmiendo.

Tengo ganas de masturbarme.

No me gustan los consoladores.

La Gioconda me mira desde el interior de esa enciclopedia sobre el Renacimiento que me compraste cuando era niña.

Quiero abrirla.

Quiero destrozar la ilustración.

Necesito dormir.

Necesito hablarte.

Necesito que alguien me dé un beso de buenas noches.

¿No te acuerdas de la profesora de Literatura? ¿No te acuerdas de que te la follabas? Mamá lo sabía. Lo que no sabía exactamente era el motivo, si un motivo puede justificar que tú le fueses infiel a tu esposa, mientras yo me quedaba en esa cafetería, frente al colegio, delante de mi vaso de leche y de mi croissant glaseado, feliz de estar atendida por varios camareros, de escuchar la música de Edith Piaf y de ver pasar a la gente por aquel ventanal esmerilado.

Las calles hervían de vida mientras tú, papá, mi papá, te follabas a mi profesora. Lily se llamaba. Tenía nombre de perrita de circo. Pero los nombres no importan ya. Los nombres tienden a desaparecer con los cuerpos, con las experiencias, con los años que asimilan el declive y la felicidad como hechos fugaces, como un desprendimiento de hielo, el alud blanco que extingue el bosque y a sus criaturas.

Así debería haberme sentido yo. Extinguida. Pero no podía. Era una niña.

Feliz de sentirme continuamente agradecida por ti, de aprender a escribir sin otra intención que imitar algunos pasajes de Flaubert.

Era feliz de saber que yo te dominaba, aunque, por entonces, no era consciente de tal cosa, sobre todo, cuando te aprovechabas de mi relación afectiva con Lily, para susurrarle al oído (así lo imagino) frases tan poco originales como: *“Puedes estar lejos de mis ojos, pero no de mis pensamientos”*. Dan ganas de vomitar, papá.

Las calles hervían de vida y yo estaba allí, dentro de mi pecera, delante de un vaso de leche blanca, jugando con las migajas de un croissant, cuyo aroma a café tostado, sigue ahí, en mi memoria, junto a esas imágenes imborrables que mi cerebro ha ido pergeñando como una forma de inculparme, en el centro de un bosque frondoso que engulle a otro más luminoso.

No era consciente, papá, del alud, del alud blanco que nos extinguiría.

“Te follabas a Lily, te follabas a Lily”, repítelo conmigo. Te la follabas porque era otra de tus estrategias para estar más cerca de mí, para saber más de mí, para asimilar que lo tuyo y lo nuestro tendría al final un desenlace terrible.

Te follabas a Lily, mientras las calles hervían de vida, mientras mamá se quedaba en casa, estudiando alemán, cuidando de Lith, que ya daba problemas en el instituto, alimentando el silencio asesino que germinaba en nuestros dormitorios, siendo indiferente hacia ella, evidenciando tu falta de apetito sexual hacia una mujer a la que debías haber tratado mucho mejor que a mí.

Porque, aunque no lo quisieras ver, los hijos se marchan, desaparecen, llaman por teléfono de vez en cuando, se entregan al futuro, abandonan la casa paterna, miran por su prole.

Aunque no lo quisieras ver, los hijos se vuelven egoístas. Tienden a escapar. Repudian lo viejo, lo que tiende a convertirse en carne purulenta, en una caricatura de sí mismo.

Te follabas a Lily mientras yo devoraba mi croissant y escuchaba baladas que versaban sobre la pérdida de otro ser y sobre la añoranza de una tierra en la que el amor pendía de un hilo.

A la media hora, regresabas. Olías de otra manera. Pedías un café solo. Me mirabas y sonreías con la turbiedad de un puto farsante que engaña a los turistas con trucos de cartas en las plazas del centro.

Y yo callaba, porque no era consciente de eso, ni de aquello, ni de lo otro, ni del miedo que infundías cuando mamá te preguntaba por mi profesora, delante de Lith. Y tú callabas como un depredador nocturno que está a punto de asaltar un nido.

La escritura me alivia. La escritura no puede perdonarte. Eras un animal condenado a resistir hasta que el amor te embargó con una sinceridad apabullante y te obligó a volarte la cabeza. Y, sin embargo, te necesitaba a mi lado. Necesitaba tu consuelo, ese turbio olor de animal contaminado, de hipócrita que sostiene una copa en el aire para brindar por nadie.

Cuánto dolor. Cuánto misterio. Cuánto tiempo hemos perdido entre los dos para no llegar a conocernos del todo, papá, querido papá.

No ha estado mal. Aunque, es cierto que esperaba mucho más. Un beso, quizá. Me despista esa sobriedad y esa pulcritud en el trato que Henry tiene hacia mí. Ha sido nuestra tercera cita y ni siquiera me ha cogido la mano cuando estábamos sentados, uno frente al otro, en la pizzería.

No ha pedido vino y hemos vuelto a la cafetería de nuestro primer encuentro. Ni siquiera me ha invitado a pasear por los Campos Elíseos. Estábamos muy cerca y la noche era magnífica. El rumor del Sena estaba cargado de una melancolía que podría calificar de *“adictiva”*.

No quiero desanimar a Fanny, pero creo que Henry intuye algo. Mis blusas ocultan las marcas, pero es un tipo inteligente y es fácil leer en mis gestos o en mis ojos que no soy una mujer feliz, que soy una criatura que sonrío con temor a congraciarse con sus semejantes, con temor a empatizar con quien puede llegar a pensar de la misma manera que yo.

Hasta ahora, ha sido todo muy casto, demasiado casto, y esa voluntad de querer aparentar que todavía no quiere sexo conmigo comienza a preocuparme.

Cuando Fanny coja el teléfono, será lo primero que le diga. Que el distanciamiento intencionado de su amigo ha pasado de la formalidad a lo

obsceno.

Que en una tercera cita no se haya atrevido a tocarme me parece que es una maniobra claramente destructiva.

Si peca de inocente, no puedo disculparlo. Conozco ese mal. Enfermar de inocencia es terrible, pues es la culminación del desamparo.

Si peca de prudente, lo inevitable será que no vuelva a salir con él. La prudencia esconde represión y alguien que se reprime puede contaminarnos de vanidad. Hay orgullo, mucho orgullo, detrás de la prudencia, detrás de ese halo de ingenuidad que ha empezado a exasperarme.

Alguien que es prudente es consciente de que es superior al otro, pues lo cree impulsivo o temeroso. No hay espontaneidad ni ligereza por ahora en este joven. Y yo quiero que muestre su vulnerabilidad, que sea perdidamente humano, inseguro, intolerante, dudoso, más inestable que yo incluso.

No quiero hundirme. No quiero defraudarme a mí misma, ni quiero defraudar a Fanny que tanto ha luchado por que yo conociese a este tipo.

Tomaré un ansiolítico y, cuando esté más relajada, veré con mayor claridad las cosas.

Probablemente, estoy exagerando. Que yo tienda a deformar la realidad no es infrecuente. Papá lo había advertido desde mi nacimiento, desde aquella noche en que salí al jardín, completamente desnuda.

Tenía ocho años y yo necesitaba el abrigo del bosque que germinaba dentro de mi cabeza, cuya espesura trepaba ya por mis muros con la determinación de herirme y de sustraerme del mundo común, de la felicidad común, de los intereses comunes. Yo debía ser la dueña de mi enfermedad y de mi providencia.

No sé si Henry será capaz de entender la profundidad de estos pensamientos que mi padre fue alimentando a lo largo de los años. Tuvo la cautela de un anestesista que inyecta sus opiáceos en la vena de un enfermo; un enfermo que se duerme sin saber cuándo habrá de despertar, si es que despierta, si es que logra salir con vida de la mesa de operaciones.

Llamaré a Lith, pero no pienso comentarle nada sobre Henry. No quiero que se ponga celosa. No quiero que vuelva a callar durante ese tiempo pernicioso en el que me deja desarmada. Quizá deba preguntarle por los niños. Por su marido, no debo todavía.

No es la primera vez que mamá me sugiere que las cosas no van bien en la pareja, que Matt está siendo excesivamente generoso con una mujer que cada vez exige más de un hombre que no puede sustituir a papá por mucho que lo intente.

Pobres niños, si al final Lith se divorcia. Será una nueva amputación sentimental en nuestra estirpe. Será emprender nuevamente el mismo sendero hacia el precipicio, hacia su borde resbaladizo, donde las nubes blandas ocultan la profundidad morbosa del barranco.

Cierro la puerta de mi habitación. He movido el mueble de la cómoda. No me gusta cómo quedaba. Había demasiada luz y demasiado espacio. Prefiero una atmósfera que destile mayor recogimiento. Me ayuda a pensar. Aunque los médicos me exigen que no piense, que me tome las pastillas tal y como me prescribieron, pues me ayudarán en ese proceso de resurgimiento al que debo adherirme.

Pero yo no quiero. Lo que quiero es pensar en papá y, para lograrlo, no debo tomarme las pastillas. Quiero que el alud me extinga.

No, no, miento, quiero que el alud blanco me salve junto a Henry, que nos libre de ese bosque donde las ramas hieren y se incrustan en mi carne, pues avanzan por el interior de mi cuerpo, como si yo fuese parte del légamo.

Te follabas a la profesora, papá. No era necesario, pero lo hiciste. No era necesario, porque, por entonces, ya me habías alcanzado, invadiendo mi espacio, el recogimiento que era solo para mí, que la vida otorga a cada ser para resguardarse de ese rumor de olas que atenaza a los esquizofrénicos.

Pobre Lily, cuánto lo siento. No eras más que el vestigio, un vestigio más, de otras traiciones e infidelidades que cometió papá con un brío natural del que no podía desprenderse y que lo llevó a jugar bien tus cartas con la compra y venta de acciones.

Papá, te diré una cosa.

No merezco mover todas las noches esta cómoda si quiero encontrar el silencio que me somete. Ese silencio no pretende otra cosa que emocionarme cuando te recuerdo, solo a ti, en la cocina, esperándome, con la taza de café entre las manos, con la sonrisa esquiva de La Gioconda, de nuestra Gioconda. Y yo, ¿qué tenía entonces, papá? ¿Diez años? ¿Qué tenía por entonces, papá?

Lo único que tenía era la ingenuidad y la prudencia. Ni siquiera sabía qué significaba el sustantivo “*alud*”.

Me ha llamado esta tarde. Parecía entristecido. Arrastraba las palabras. En algún momento, me recordó a Lith cuando se queda en silencio al otro lado del teléfono y se limita a contemporizar cada respuesta con monosílabos hasta lograr que el silencio se dilate a lo largo de varios minutos (y que yo interpreto) como una manifestación, nada sutil, de su enfado conmigo.

Debo confesar que consigo irritarme esa servidumbre a la que me obliga cuando me quedo callada, esperando a que hable de una puta vez, a que cese esa provocación que no demuestra otra cosa que su debilidad, su pérdida del sentido de la realidad, porque Lith nunca tuvo los pies en el suelo.

Confiaba en que los padres tendiesen a la tutela y a la ejemplaridad. Y no es así. Los hijos hacemos que los padres sean mortales y la mayor parte de ellos no lo aceptan.

Descubren, por culpa de su prole, que su vida ha alcanzado el cénit y ya no hay nada a lo que aspirar ni por lo que luchar. Y los celos, tus celos, Lith, pueden destruir esa tendencia a la sobreprotección que demostramos hacia los nuestros.

Luego, Henry se ha animado y me ha pedido perdón. Se ha dado cuenta de que quizá estuvo demasiado distante el pasado jueves. Le he respondido que no era cierto: que me gusta que se comportase así, que sea un hombre comedido, inspirado en el rigor de las costumbres.

Le he mentado. Y creo que lo sabe, creo que sabe que prefiero otras clases de naturaleza, naturalezas más emocionales, menos lánguidas, más impetuosas.

Me han entrado ganas de llorar.

Hemos hablado varios minutos sobre otras películas que podíamos ver la semana que viene. He declarado que me encanta el cine japonés. Con suerte, estrenarán alguna en la filmoteca de Les Heures.

Y parece que ha sonreído; lo he intuido en el tono de sus últimas frases, en ese paso que convierte el decoro en la pura espontaneidad que tanto admiraba en papá.

Ha colgado después de decirme que la otra noche estaba muy guapa.

Su timidez me resulta tan entrañable como asquerosa. No se puede vivir así. Si Henry piensa follarme desde esos planteamientos, no me quedará otro remedio que abandonarlo, como se abandona miserablemente a un perro durante las vacaciones de verano.

Me miro en el espejo y compruebo mi sumisión, la sumisión de alguien que no ha podido leer entre labios, que no ha sabido interpretar lo que está oculto y a veces es más evidente.

Debería regresar a El Louvre. Debería desafiar la mirada de La Gioconda, retar el brío épico de esos ojos que se muestran ante el mundo con la apacible serenidad de un espíritu que ha sorteado toda clase de obstáculos. Pero sé, por mi padre, que su fuerza radica ahí, en esa manera de fingir que es una mujer respetada y respetable, cuando, en el fondo, es una mera furcia.

Cuando he entrado a la cocina a prepararme un té, lo he visto con claridad. Estaba ahí. Era papá.

Apoyado en una columna, con la taza de café entre las manos, cruzando sus piernas, a contraluz, esgrimiendo ese porte de persona que se cree el ombligo del mundo, pero que por dentro no es más que ceniza, ceniza húmeda entre la yema de mis dedos.

No estoy loca. Era papá. Papá. Estaba esperándome. Una nube de humo gris sobre sus hombros anchos sustituía aquel perfil inconfundible de hombre aparentemente seguro de sí mismo.

Debería describir tus ojos, papá. Tus ojos, sí, aquellos, que me erizaron al verter su calor sobre mi piel, como si buscasen un rasgo de eternidad en mí, en mi candidez, en la ignorancia de quien tiene toda la vida por delante. Pero la eternidad no existe y la juventud acaba por apagarse. Tiéntame desde la otra orilla. Deja que vuelva a besarte en la frente.

Reza por Henry para que no le pase nada malo.

Fanny debe seguir con Richard en Madrid. No me coge el teléfono. Ojalá estuviese aquí, conmigo, para hablarle de Henry, de su extraña serenidad.

Volveré a verlo mañana por la tarde. Quiere invitarme a una representación de Strindberg. He aceptado, aunque, ahora que lo pienso con calma, me parece de un histrionismo mayúsculo, como si, con esa invitación, quisiera demostrarme que necesita nutrirse de un exhibicionismo intelectual y literario que no está a la altura de todo el mundo.

¿Quiere acaso demostrarme que es más culto e inteligente que yo? Tendría que haberle colgado. ¡Qué lenta soy para tomar algunas decisiones! Eso es precisamente lo que me distanciaba tanto de papá.

No sé de qué va este Henry. ¿Strindberg? ¿Por qué? Podría haber elegido una película americana, una comedia romántica, un simple paseo por los bulevares, cogidos de la mano, mirando los escaparates. No necesito a Strindberg. No quiero defraudar a Fanny, si ahora decido anular mi cita con Henry.

Sé que papá estaría de acuerdo conmigo, porque no se puede ser tan presuntuoso en un mundo en el que las relaciones humanas se basan en alabar la mitología de los centros comerciales.

Hoy me he atrevido a salir sola hasta allí. Cerca de Les Heures, he comprobado el esplendor del jardín, el resuello de un brillo que genera la aglomeración de hojas sobre el suelo, ese mantillo de luz que despiden a poco que unos rayos las alumbren.

Aquí solía venir con mi padre. Sin mamá. Sin Lith. Nos sentábamos en un banco del fondo, excluidos del ruido y el ajeteo. Era una manera de buscar el recogimiento, de dejarnos incendiar por la misma luz que espolvoreaba las hojas y que parecía elevarlas delante de nuestros ojos. Éramos criaturas mudas, pero compenetradas.

Mi inocencia y su intención de conocer eran una simbiosis perfecta. Queríamos sentir el calor. Queríamos tantas cosas. En esas horas, fui comprendiendo mejor el sentido de la prudencia, su cobarde manera de

replegar a los hombres y a las mujeres para que otros, sin pudor, puedan aprovecharse de esa debilidad.

Por entonces, el brillo en los ojos de mi padre y la luz sobre el mantillo de hojas me impedían buscar el mal, la venganza contra aquellos semejantes que, poco a poco, habrían de contribuir a que el alud avanzase con el ímpetu de un tren de cercanías.

Por entonces, no tenía en mente odiar a mi profesora del colegio, la que me enseñó a escribir frases tan hermosas como: *“Y renace en ti. Mi boca te busca, porque lo invisible tienta al cuerpo. Lo carnal se desviste. Quieres un lenguaje privado, otros símbolos, otros recuerdos que hieran como antes, en esa vida, cuando lo animal emanaba de tus ojos a la luz”*.

Por entonces también, mi padre me cogía de la mano y me acompañaba en nuestro particular destierro en el parque: dejaba que el brillo de las hojas terminase por asediar nuestra alma, entrecortando nuestra respiración, levitando las lágrimas de alegría, una alegría que era fruto de esa soledad compartida con papá y que Lith era incapaz de comprender. Sencillamente, porque no estaba a mi altura.

La prudencia y la tristeza en mí pronto se harían inseparables. Ningún médico puede curar eso, a no ser que se siente en el mismo banco y que otra persona, adiestrada para la manipulación, me enseñe el camino de baldosas amarillas.

Ha intentado besarme y he tenido miedo. Temo que Henry se haya enfadado. Ha sucedido tan rápido. Es imperdonable. Lo sé. Después de todo lo que he escrito sobre su prudencia, he terminado por rehusar sus labios.

Entiendo que permaneciera callado el resto de la noche. Pero ha sido todo tan rápido. Al salir del teatro, me ha acompañado al aseo y, antes de que saliera una joven, me ha cogido de la muñeca. Y, sin mirarme siquiera a los ojos, ha intentado besarme, como si, de esa espontaneidad fingida y claramente meditada, pudiese surgir un primer contacto que llevase a algo más profundo, más sexual.

No sé si su tacto está lo suficientemente entrenado para detectar las marcas de la cuchilla sobre la carne. Creo que no. No es el tacto de papá, ni la misma mirada irreverente, aunque se le parecen. Porque hay rasgos de Henry que me recuerdan la hechura de mi padre, como sus anchos hombros y esos labios, sin color, que se curvaban apenas yo le pedía que regresásemos al parque, a nuestro lugar, a participar de aquella iluminación que tanto bien hacía en mi interior.

Hay algo familiar, un aire común que va más allá de mi padre, como si otras personas conocidas coincidiesen en ese joven que ha intentado besarme con el propósito de demostrarse a sí mismo que controla la situación, que puede gobernar mis emociones, doblegarme, no dejarme ser quien en realidad soy.

Henry volverá a quedar conmigo y quizá sea el momento de explicarle muchas cosas, aunque eso suponga una ruptura, aunque eso suponga replegarme, reconciliarme, por unos segundos, con la virtud de la prudencia que conlleva la soledad de los enfermos.

Lith tiene razón: estoy enferma. Me lo dijo una vez, antes de colgarme, antes de que le preguntase por mis sobrinos, por sus calificaciones en el conservatorio.

Pero, ¿qué puedo esperar de alguien como Lith?

Nada de eso importa ya, porque mi hermana había tomado la decisión de herirme en el mismo momento que papá se voló la cabeza y el duelo se alimentó de prescripciones médicas, de declaraciones en comisaría, de un cambio de domicilio, de un declive en nuestro estatus que ella no ha sido capaz de aceptar, especialmente, cuando sus amigas la dejaron en la estacada.

Sus amigas no podían salir por el centro de París con la hija de un suicida. Vaya unas amigas. Menos mal que encontró a Matt. Vaya unas amigas. Con lo orgullosa que estaba de ellas. Lith, ¿cómo puedes ser tan estúpida a veces?

Tus amigas no son nada. Y, si son algo, son esas ramera que toman té con galletas de jengibre en el club de hípica, las que jamás lamentan los incendios en los barrios de la periferia, las que deberían inseminar con espermatozoides de anarquista, las que nunca podrán escribir frases como esta: *“Tu piel se extingue con la claridad que eligen las aguas”*.

Nadie puede salvarnos del desastre, Lith. Debes ser consciente del fracaso, de la voluntad de herir que papá tenía porque creía en el desafío como forma de defendernos de tanta abundancia.

No podíamos tenerlo fácil. No debíamos dejarnos contaminar por la corrección del resto, si queríamos prosperar.

Eres un ángel, Lith. Como lo es mamá. Y, si alguna vez quedamos a tomar café tú y yo, procura no escupir dentro de mi taza.

Tu desdén hacia mí podría hacerme aún más vulnerable y alguien que es demasiado vulnerable no tiene otra opción para hacerse notar que morder la mano que le da de comer, ser infiel a quienes intentan ayudarla por temor a que haga alguna tontería.

Como la que hizo papá al volarse la cabeza en su despacho, al temer que un dios lo dejase solo, cuando ninguna de las dos estuviese cerca, cuando las dos hijas se dieran cuenta de que su protección era escandalosamente obscena. Cuando tus amigas y tú, Lith, mi Lith, fuerais conscientes de que la oscuridad más impenetrable no es aquella que descarta la luz, sino la que se engendra en el bullicio de las aglomeraciones o en las fiestas más concurridas.

Pero, pese a todo, te quiero, Lith.

Hace semanas que no sé nada de Fanny. Empiezo a preocuparme. Su teléfono no me da siquiera llamada. No sé si habrá perdido su móvil en Madrid.

He caminado hacia el centro, rodeando Soir Bleu. El aire estaba cargado de electricidad. Los árboles fruncían sus sombras sobre la explanada. Runners y algunas parejas se han cruzado conmigo, como si me traspasaran; espíritus libres, un símbolo contemporáneo de la laguna Estigia, un símbolo más con el que voy construyendo mi mundo, lo que me queda, los restos de una osamenta en mitad de un camino, fósiles que el alud blanco ha sepultado.

Mierda. Todo es una mierda. Detritus, como el silencio de Lith, como el silencio de mamá después de que papá se volase la cabeza.

Esperó a que todos estuviésemos callados al otro lado de la puerta, venerando nuestras costumbres ridículamente burguesas; ordenar libros, estudiar un examen, cortar el pan, orinar leyendo *Cincuenta sombras*. A esa oscuridad es a la que me refiero siempre.

Mamá me ha mirado como un animal asustado. He contado veinte píldoras azules y trece rojas en un estuche anacarado que estaba sobre la mesa de la cocina.

Lleva semanas sin ir a la peluquería. Le he reprochado que esa manifestación tan explícita de indigencia es un síntoma imperdonable de derrota.

Que Lith tampoco le va a consentir esa rebeldía basada en la falta de higiene. No es propio de nuestra familia como no lo fue que papá se volase la cabeza.

Ha querido sacar el tema y se lo he prohibido. Parece que cada vez que nos encontramos tuviera la necesidad de dejarme claro que ella no tuvo nada que ver con la decisión de mi padre. Y yo le respondo que algo así no puede denominarse “*decisión*”.

Que papá estaba bajo los efectos del estrés y que el estrés que sufría no se atiene a *decisiones*.

Y entonces soy testigo del mismo ritual de siempre; mi madre curva los labios, aprieta los puños y su mirada me evita porque sabe que no es cierto nada de lo que digo. Porque quiere hacerme creer que yo soy responsable de lo que sucedió en aquel despacho, aunque fuese una niña y, más tarde, una adolescente.

No quiere utilizar el adjetivo “*culpable*”, porque, si lo utiliza, su gravedad la arrastra también a ella. Si yo soy “*culpable*” de esa muerte, ella, mamá, también lo es, por no protegerme lo suficiente, por fiarse de las palabras de aquel hombre, palabras perfectamente ordenadas, pero cargadas de lascivia y de un deseo que solamente podía perjudicarnos a largo plazo.

Le he dejado veinte euros sobre la mesa antes de marcharme para que se corte el pelo. Mamá tiene dinero de sobra para que cualquier peluquero del país vaya a casa todos los días.

Tiene... Tenemos dinero de sobra.

La pereza nos ha hecho incluso ahorradores. Con los intereses que generan las sumas que papá nos dejó, podemos vivir con el desahogo de esas amigas de Lith, esas amigas del club de hípica a las que un autobús debería atropellar alguna tarde de invierno, al salir de sus clases de protocolo o de ese centro comercial que han inaugurado recientemente junto a la estatua de Sharon Tate, un busto enorme y blanco, otro símbolo con el que una ciudad intenta purgar sus pecados de corrupción y crímenes.

Mi padre era un ser puro hasta el punto que se aniquiló a sí mismo.

Mi padre era un ser puro y tan hijo de puta que nos dejó a nosotras toda la mierda, toda la carga, todos los pecados, todo el dinero, todas las acusaciones y esas miradas fulminantes que nos lanzan algunas mujeres en el pasillo de los

congelados o en las cafeterías próximas a los Jardines de Luxemburgo.

Volveré a visitar a mamá dentro de unos días y quizá le hable de Henry, y quizá ella me vuelva a hablar de papá, de unas caricias, de sus frases hechas, de su ironía congénita, de esa manera de elevarme en el aire para celebrar que yo estaba viva en una casa que, lentamente, se iba llenando de cadáveres.

15

Hoy han sucedido cosas muy importantes.

Lo he besado en los labios. Ha querido más, pero yo lo he frenado. Ha sido en la cafetería, en nuestra cafetería, mientras la última mujer de rosa abandonaba el comedor y nos quedábamos solos, frente a esa estampa de

París, de un París que no reconozco.

Hablamos luego de Modiano, de su literatura laberíntica, de sus personajes grises, de esa mitología terrenal a la par que difusa que va construyendo en cada uno de sus relatos.

En verdad, Henry sabe mucho de literatura francesa. Sabe mucho de todo. Aún no he sido capaz de profundizar en su gran especialidad, la poesía romántica. Hemos vuelto a hablar de política después de ese beso. Un beso ha sesgado el hilo de una conversación que comenzó con el autor de *El lugar de la estrella* y ha terminado con el apoyo popular que sostiene a Le Pen en muchos ayuntamientos franceses.

“Es repulsivo, verdaderamente repulsivo, que gente de esa calaña llegue a las instituciones”, me repite una y otra vez Henry, con una rabia contenida que me excita.

Entiendo que hay una declaración étnica en esa sobreexposición de su indignación, pero me ha resultado no menos curiosa la facilidad con que la ha hecho, es decir, la ruptura de su mesura y la sobriedad a la hora de enfocar un tema de conversación como ese.

Ha sido como regresar a un pasado que solamente me pertenece a mí. En efecto, esa irritación momentánea, ese enojo que ha consumado en unos pocos segundos, cuando el apellido Le Pen ha salido de nuestros labios para reforzar los argumentos, me lo ha recordado.

A papá. Y ha sido como recuperar algo de mí, algo que hubiese salido de mi cuerpo, una clase de espíritu. Pero ese espíritu ha vuelto, y, al volver, no he podido evitar sonreír.

La serenidad y el placer de ese recogimiento que mi padre y yo buscábamos estaban allí, encarnados en esa imprecisión de un carácter que creía conocer, pero que no conocía en verdad. ¿Quién puede conocer en realidad a otra persona en profundidad? ¿Quién? ¿Quién es capaz de escrutar todos los recovecos de un alma como la de Henry, como la mía, como la de Lith, como la de mamá?

Nadie. Quizá, papá, llegó a conocerme por completo. Compartimos

momentos que ninguno de nosotros compartiríamos con otras criaturas.

Fue, en otro tiempo, y hoy ese tiempo ha vuelto a mí. Lo he visto en Henry, en esos instantes de sublevación contra el entorno, en su inflexible apuesta por la socialdemocracia, en un atisbo de ira contenida que, probablemente, en la intimidad, sería desaforada y radical.

Al final no he hablado de los efectos de mi beso sobre él. Quizá ahora sea lo menos importante, cuando lo familiar, lo paternal, el padre bueno y generoso, ha regresado a mí, ha nutrido mi interior de una ilusión nueva.

Hoy es de esos días en que una tiene la sensación de ser inmortal, de no temer nada.

A partir de ahora, no lo negaré. Me gusta que Henry se enfade. Me gusta esa expresión de virilidad que rompe con la candidez y la prudencia de alguien que, en la cama, no sé si podrá estar a mi altura.

Ya lo veremos.

Me ha invitado a su casa esta noche.

El beso en la cafetería ha superado varias fronteras. Debo estar dispuesta a tener sexo. Espero que respete la intimidad de mis pequeñas destrucciones. Sí, he decidido llamar así a mis cicatrices: *“mis pequeñas destrucciones”*.

Henry deberá superar esa prueba; valorar si merece la pena tener sexo conmigo, con mi depresiva constitución, con mi descarnada hechura, con una mujer que imagina cortezas de árbol bajo su piel.

El núcleo de mi existencia gira en torno a ese tiempo que aprovecho en realizar las incisiones en mis brazos, como una forma de herir al monstruo que yace en mí, en el interior de mis vísceras, en el sordo rumor que la sangre emite a su paso por venas y arterias.

Sé que duerme bajo la corteza. Y se parece mucho a mí, porque yo soy el monstruo que odia todavía a la profesora, Lily, años después de los encuentros amorosos con papá. *“Encuentros amorosos”*.

Cuánto cinismo hay en esa expresión.

La hipocresía no puede obligar a que el monstruo claudique. Las incisiones en mi piel le advierten del peligro que corre, si emerge de nuevo con su naturaleza paterna, al margen del recogimiento que le exijo a mi vida o a lo que queda de ella.

El beso ha superado la frontera de la carnalidad. Y, en otro orden de cosas, el beso ha superado la frontera de lo espiritual. Lo que repudiaba en Henry forma parte de una impresión equivocada. Parece que todo es fruto de mi facilidad para modificar los acontecimientos, de una falsa percepción a la que acostumbro para sortear los obstáculos. Algunos médicos me lo confirmaron meses después de que mi padre se volase la cabeza.

Henry es un hombre que definitivamente se emociona. ¡Qué fácil es

equivocarse con las personas! Hemos hablado por teléfono y he vuelto a sacar el tema de la inmigración y el de las políticas proteccionistas y radicales de Le Pen.

Su tono de voz ha mudado entonces en una desesperada elocución contra políticos y personalidades del Gobierno, a los que ha catalogado como “*auténticos hijos de puta*”.

He mojado mis bragas al escucharlo.

He procurado que siguiera al teléfono un poco más de tiempo; quería escuchar su respiración, el énfasis de un jadeo que se ha ido apagando poco a poco, según se relajaba, y era consciente del peligro que suponía, para alguien como yo, que dejase de ser medido y prudente.

Papá estaría orgulloso de un hombre como él. Papá se habría volado la cabeza por un hombre como Henry. Quizá.

17

No puede mentirme más. Sé que está rota por dentro. Acabo de colgar el teléfono. Su silencio era el silencio de alguien que ha perdido en un debate o que ha dejado conscientemente que el asado se queme en el horno.

“*Su marido ha sido demasiado generoso. Ese matrimonio estaba roto desde el comienzo*”, me ha repetido mamá, colocándose una pastilla roja bajo la lengua.

No conozco bien a Matt, pero temo que no ha soportado que Lith tuviese tantos celos de mí. Sé que ella habría querido otro desenlace para esta historia. ¿A qué historia me refiero? A la mía, que es también la suya.

No todo puede ser corpóreo. No todo puede ser unidireccional o equilibrado.

Pero Lith quiere que lo sea. Al menos, no ha sido mentirosa con Matt.

Le ha dicho la verdad todos los días, cuando callaba junto al teléfono, sabiendo que yo me moría por querer escuchar su voz, cuando se mordía las uñas en público y en privado, cuando se negó a tener un tercer hijo, cuando no acudió al entierro de papá, cuando se abandonó y empezó a engordar sin ninguna clase de pudor, cuando dejó aquel trabajo en el Liceo para estar más cerca de mamá.

Era mentira.

Quería estar cerca de mí y presentir que yo podía rendirme en cualquier momento, que mi depresión acabaría por arrastrarme al mismo despacho donde nuestro progenitor se voló la cabeza.

Lith es un monstruo, es el monstruo que me protege, que habita dentro de mí, otra incisión en mi carne, en la corteza del árbol de cuyas ramas penden cabezas cortadas; cabezas como la de mi padre, otro monstruo, otro indigente sentimental, otro mutilado de guerra.

Lith, tu divorcio te delata enormemente. Evidencia tu fracaso y tu envidia.

Nunca leerás esto y algo así me tranquiliza. Tienes dos hijos. Lleva mucho cuidado. Nuestra experiencia nos dice que el daño se hereda como la destreza con los números o ciertas habilidades con las manos.

Pienso en tus pequeños para no transmitirte que papá te nombró varias veces. Me susurraba al oído auténticas obscenidades de mamá y de ti. Aún me produce una vergüenza tremenda recordar cada una de aquellas palabras. Que no me tuviese en cuenta a mí en aquellas confesiones era nocivo para mi crecimiento. Yo necesitaba también ser protagonista de aquellas frases y no lo era. Es injusto, terriblemente injusto.

Debo confesar que el hecho de que pronunciase "*Lith*" te hacía más poderosa ante mí. Eras la hermana mayor. Era en verdad a quien quería para él, pero yo te protegí, yo, sí, yo, que estaba desarmada, que no tenía siquiera uñas con las que rasgar aquella corteza. No podía huir del alud blanco que extinguiría mi fuego, el pálido fuego con el que encendía una hoguera ridícula en mitad del bosque.

Sí, te nombraba a ti, Lith, y usaba posesivos como “*mía*”, y yo callaba porque no sabía de lo que iba todo aquello. Pero tú, entre tanto, salías afuera con mamá y comprabas vino y rosas en Les Heures.

Dejabas que papá me hablase de ti, que me cogiera de mis manos laxas para llevarme al parque, a nuestro lugar, buscando la soledad, lo invisible, la tibieza de una luz que acabaría por oscurecerme. No hay mejor escenario para un alud blanco, ni para tu desamparo.

Por lo menos, yo tengo ahora a Henry. Mamá no te va a perdonar que no hicieses nada, que no fueses generosa con mi entrega, con mi sacrificio. Ella tampoco se lo ha perdonado. Por esa razón, toma pastillas y finge que ve la tele. Por esa razón, ha dejado de ir a la peluquería. Lo próximo será engordar como tú, porque ya no puede divorciarse. Es una mujer viuda, es una honorable mujer viuda. Es una honorable mujer viuda y francesa, pese a que su marido, un empresario exitoso, se voló la cabeza en su despacho.

Pero nosotras no tenemos patria.

Mi patria era papá. *Patria. Pater.* Al que llegué a colonizar mientras tú nos observabas en alta mar, subida a una tabla, a merced del destino de los vientos y las mareas. Clavabas tus pupilas en las dos figuras de arena y sal en que los dos monstruos, papá y yo, nos habíamos convertido.

No me alegro de tu divorcio, Lith. Pero sé que aprenderás mucho de esta fatalidad, de ese derrumbe social y personal, aunque no seas católica, ni tengas ganas de renacer de tus propios despojos.

Aprenderás, por fin, a no ser tan protagonista y a respetar la pureza de los menores, de los hermanos que, como yo, dieron su vida por ti para que los monstruos no te alcanzasen.

Para que no te regalasen braguitas, ni camisetas de algodón, mientras mamá mascaba menta en la cocina, llorando la terrible noticia de ese alud blanco que nos habría de arrasar por muy lejos que estuviésemos de la falda de la montaña.

No hemos follado. Ha sido todo una falsa alarma. Pero nos hemos besado largo rato en su sofá y me ha sobado las tetas. Yo no me he movido siquiera. Hacía tanto que no besaba a nadie. Creo que le ha gustado tanto como a mí. He estado a punto de correrme.

Debería visionar algunas secuencias de películas porno en algunas páginas web. Debería aprender cómo follan esas actrices. Debería aprender de su teatralidad, porque quiero destacar sobre él, abandonar el asilo de la rectitud, corregir algunos vicios antes de lanzarme sobre su polla.

Luego, Henry se ha detenido. Creo que estaba a punto de eyacular.

Me ha preguntado si me apetecía un vino. He dicho que *sí* con la sutilidad de alguien que se siente fascinada, pero que tiene miedo a exhibirlo.

He comprobado el entusiasmo en el brillo de sus ojos y el declive de esa enfermedad en la que la rigidez y la cautela van de la mano, esa enfermedad a

la que mi padre me obligó a odiar, a no entregarme, a negarla, a prostituirla, esa enfermedad llamada *honra*.

Mi mundo debe estar lejos de la honra, de la honra de Lith, de la honra de mamá, de la honra de esas mujeres que esperan a sus esposos en casa, dispuestas a consentir la humillación del silencio, de la indiferencia, de esa propiedad tan virtuosa como es hacer que el otro no exista, que sea tan solo una mero ornamento en el interior de un apartamento de clase media.

Hablamos un rato de literatura: Alice Oswald, René Char y Seamus Heaney.

Me enseñó algunas de las traducciones en las que había trabajado estos dos últimos años. Si la suerte no le es adversa, Henry cree que tiene posibilidades de publicar su traducción de *El paraíso perdido* en Gallimard. Ha estado hablando con algunos agentes y todos parecen apoyar esa nueva interpretación de la obra de Milton.

Es una apuesta arriesgada en estos momentos de crisis dentro del sector, pero los clásicos suelen tener una aceptación rentable, especialmente, si algunas facultades deciden recomendar esa traducción.

He cruzado los dedos para que la suerte esté de su lado y reciba cuanto antes la llamada de la editorial.

Nunca he sido una mujer supersticiosa. ¿Comiseración? ¿Empatía? No lo sé. Solamente me pregunto qué habría pasado en ese momento si decido chuparle la polla, si decido descamisarlo allí mismo y follármelo. ¿Lo habría perdido? Como sucedió con papá. Como ha sucedido con Lith y mis sobrinos. Como sucedió con mamá.

¿Qué habría pasado si decido contarle, en ese momento, que mi padre se voló la cabeza en su despacho? ¿Cómo habría interpretado que yo fuese la causa de esa muerte? ¿Cómo habría interpretado que mi padre se follase a una profesora que me enseñó a escribir cosas así?: “*Quieres probar la sal en mis labios. La hierba que crece a las afueras añora tus pies descalzos, el cuerpo que se estremecía cuando alguien se negaba a rescatarte, los gemidos que alcanzaban mi figura, un eco, una voz, mi figura dormida, elevación de una sombra, un confuso hombre que callaba, las huellas que me delataban cuando recogía tus restos*”.

No encuentro nada nuevo. Mamá me ha mirado de arriba abajo, como quien intuye una transformación. Ha esbozado una sonrisa que no he sabido exactamente cómo interpretar y ha guardado silencio.

He rellenado su estuche con las dosis pertinentes. Al cabo de un rato, cuando estaba a punto de acabar mi café, me ha resumido un episodio de una serie que ha empezado a ver y que parece interesarle; una abogada busca defender a asesinos en serie con un sospechoso fin que los primeros episodios, claramente, aún no han desvelado.

Al cabo de unos minutos había dejado de escucharla. Me he limitado a mirarla, a escrutar su declive acelerado, el paso de los días sobre ella, como si la claridad que inunda el salón se hubiese propuesto acuchillarla lentamente, invadiendo su cuerpo de heridas que, al mismo tiempo que cicatrizan, se reabren en otro lugar de su cuerpo, fuera y dentro. Fuera y dentro.

Mamá es incapaz de controlar al monstruo. Y, aunque no me diga nada de papá, su cabeza no piensa en otra cosa, salvo cuando los barbitúricos surten efecto y se duerme.

Pero sé que, al igual que sucede en mí, ese sueño está desnaturalizado. Pertenece a una idiosincrasia artificial. Es un sueño intencionado, farmacológico, destinado a que el cuerpo aguante la erosión de una lluvia tan tenaz como incansable.

Lo sé, mamá, es agotador. Pero ha sido mejor así. Que papá se volase la cabeza en aquel despacho nos ha hecho un poco más fuertes, nos ha entregado a la soledad real, a la soledad que la mayor parte de seres humanos enmascaran con series de *Netflix*, con ungüentos curativos para la flacidez de sus pieles, con comprimidos que reactivan la serotonina, con muñecas hinchables, con clubes de lectura, con consoladores, con aplicaciones de móviles, con vídeos colgados en Instagram, donde la gente vomita sobre la gente, con novelas de viajes, con documentales sobre las adicciones al juego online, con vudú.

Mamá, nunca te he preguntado si crees en Dios. Papá me enseñó a diferenciar entre Dios y los dioses.

Mamá, nunca te he preguntado si papá llegó a besarte en la boca como ha hecho Henry conmigo.

Cuando he abandonado el apartamento, ha girado la cabeza y ha sonreído de nuevo. Su serie favorita estaba a punto de comenzar y la palidez de la estancia que habíamos compartido se desvanecía. Y he podido ver entonces al dios y al monstruo más allá de esa sonrisa que se quebraba en su rostro. Era una Gioconda. Otra Gioconda.

El dios y el monstruo no tenían una forma exacta. Nunca la tienen. Pero

estaban ahí, lamiendo las heridas de mamá, cruzándose la mirada, socavando la preciosa carne que alguna vez mi padre tocó con la intención de estar tocando el cuerpo de Lith o el mío. Mejor nos habría ido en un centro de adopción.

20

Hace semanas que no sé nada de Lith. Matt me ha dicho que está bien, que se ha refugiado en la costa, en su apartamento recién reformado. Que buscaba la comodidad y el aislamiento, que necesitaba pensar, que se ha llevado a los niños, que entiende su postura frente al divorcio, que la situación, además de insostenible, estaba afectando ya al rendimiento escolar de los pequeños, que todo era una mierda, que deberían haber tomado esa decisión tiempo atrás, antes de tener a Susan. Me he limitado a escuchar, pero, en realidad, no estaba escuchando.

Ese mundo de las costumbres burguesas, de los ritos de pareja en que uno necesita arbitrar legalmente una separación física, nunca ha ido conmigo.

Matt me estaba mintiendo.

Matt es un cabrón y lo será siempre. Ya sabía con quién se casaba. Se casaba con una mujer, cuyo padre se voló la cabeza en su despacho. Se casaba con una mujer que tuvo que leer en los periódicos su nombre, el mío y el de mamá, que tuvo que aprender a controlar sus ataques de celos hacia mí.

Matt se casaba con una mujer que, intentando evitar el alud blanco, dio a luz a dos hijos y se operó las tetas. El tiempo la ha ido deglutiendo pacientemente y mamá ha sido otro lastre con el que ha cargado, mientras la nieve nos iba sepultando a las dos. El silencio se ha convertido en su mejor defensa para poder respetarse a sí misma, para no poner las cartas sobre la mesa, para aceptar la eternidad de un dolor incurable que la ha forzado a ingerir azúcares por la noche y por la mañana hasta engordar peligrosamente.

Y ese dolor incurable se debe a que papá no contó con ella para volarse la cabeza. Papá quiso que yo fuese la criatura propicia para el sacrificio con el

fin de evitar que ella fuese la víctima.

La última vez que la vi en casa de mamá se había puesto como una foca.

Me asustó su asimetría, la ocultación de sus curvas, la aniquilación de ese estilismo sofisticado del que presumía delante de los espejos, dentro de los probadores, con sus amigas, mientras mi cuerpo no se decidía todavía si parecerse al de mamá o al suyo.

Su monstruo devora azúcares. Su monstruo se expande también como el de todas nosotras. Su monstruo es el síntoma de una generación insatisfecha, porque a ella no le valía solamente con que papá me prefiriese a mí para salvarla a ella.

A Lith no le valía solamente con que yo cargase con la responsabilidad de contener la marginalidad en la que papá se había refugiado. Y esa marginalidad era yo, que aún no era una mujer, porque aún no me habían crecido los pechos, porque aún no había aprendido a quemar mi piel con monosílabos, con meros trazos sin orden; el reflejo de una trama que hurgaría en mi piel hasta sangrar.

Matt me ha colgado cuando se ha dado cuenta de que no lo estaba escuchando, de que, al otro lado del auricular, quien respiraba era una mujer excitada por el fracaso de Lith y el suyo, por la incapacidad sentimental que mi hermana ostentaba a la hora de afrontar el duelo de una pérdida.

Lith se había marchado con los niños a la costa y a Matt le quedaba mucho por delante, muchas horas de reuniones con abogados, de masturbaciones delante de *Porntube*, de prostíbulos baratos, de recetas de ansiolíticos, de terapias donde las risas estimularían algún recoveco de su cerebro para que su autoestima no flaqueara.

Sí, Matt, vivimos en un mundo en el que el sustantivo *autoestima* ha de justificar todo, ha de aliviar todo, como que la soledad a la que vas a enfrentarte es un demonio disfrazado de Cristo.

Cada vez que te masturbes, te alejarás más de Lith y de tus hijos. Cada ansiolítico que tomes te sumergirá en el centro de una sima, donde el alud te sepultará por los siglos de los siglos. La eternidad es dolor, es renacer para

nada, para absolutamente nada.

Al menos, a mí, me queda Henry, que me besó y me sobó las tetas, y que hoy hará algo más conmigo, y entonces le explicaré todo lo que guardo debajo de mi corteza, lo que Lith nunca te dijo por miedo a perderte.

¿Miedo a perderte? Te ha perdido igualmente, Matt, y sigues sin saber con certeza qué sucedió para que mi padre se volase la cabeza, para que el nombre de tu mujer y el mío saliesen en los periódicos.

No sabes tampoco lo que es el respeto. No sabes cuán invisible puede ser el mal que se inocula en la infancia junto a la vacuna contra la polio y la varicela.

Cuídate, Matt. Las olas que ahora estará mirando, Lith, supongo, al lado de vuestros hijos, se la llevarán algún día, siempre que no tenga un arma al alcance para volarse la cabeza delante de sus pequeños.

Sería una manera de homenajear a nuestro padre, un tributo al eterno retorno, una forma de conservar la belleza del instante y del pasado. Sería como contemplar, durante horas y entre la muchedumbre, La Mona Lisa, al asilo siempre del calor de quienes se agolpan para comprobar la templanza de una sonrisa que no llega a culminar, como si el personaje no llegase a comprender por completo la excelencia de un chiste o de un giro irónico.

Cada vez que miro ese cuadro, el monstruo se libra de mí durante unos instantes. Pero, desde la muerte de papá, ya no me atrevo a entrar al Louvre. No quiero ser libre hasta ese punto de usurpar lo que tanto nos hirió, pero nos hizo entrañablemente únicos.

No sé por qué escribo todo esto. Mi profesora Lily no estaría satisfecha con el resultado. La Mona Lisa es el ejemplo que mi padre me ponía siempre como manifestación terrenal de un dios, como una manifestación similar a la belleza de Lith, una belleza que debía proteger en mi soledad, en el apartado de aquel parque, donde la luz elevaba las hojas muertas y las ramas fruncían sus sombras sobre los senderos, como si se alegrasen de alguna manera. ¿De qué se alegraban? De que papá y yo estuviésemos juntos, de que el alud blanco estuviese todavía demasiado lejos.

Qué tiempos aquellos. Qué vibraciones al otro lado del muro y el muro era mi cuerpo, no el de Lith. Y la luz me desnudaba como desnuda a otras criaturas agazapadas entre los arbustos.

Estoy nerviosa. Espero que Henry me folle. Tengo unas ganas tremendas de hacerlo. Los antidepresivos aumentan la euforia. He cortado tomates para la ensalada y he preparado una salsa especial para la carne.

Sé que le gusta poco hecha, porque no solo hemos hablado de política y de literatura a lo largo de estas semanas.

Me he puesto algo sencillo. Las heridas de mis muñecas y antebrazos han cicatrizado bastante bien en estos últimos días. He hecho un gran esfuerzo por no herir al monstruo, aunque me temo que eso significará rendirse tarde o

temprano a su voluntad, a la reafirmación de su tenebrosa consistencia.

Regresará a mí y tendré que sacar las tijeras, rasgar en la corteza, en su corteza y en la del árbol que lo cobija. La oscuridad es a veces tan luminosa que no puedo soportar el esplendor, sus reminiscencias fulgurantes sobre los objetos. En ese tipo de cosas, soy consciente de que se manifiestan los dioses.

No sé si Henry me follará bien.

No sé si Henry me ayudará a creer en Dios. No sé si el monstruo será capaz de soportar las embestidas, cuando me meta la polla y mi jadeo se eleve a ese espacio en el que mi padre y yo buscábamos la intimidad de la luz del parque, su rezumante soliloquio sobre las hojas de otoño.

Qué felices éramos, qué felices nos entregábamos a conversar sobre las cosas más elementales: pájaros, monumentos, La Mona Lisa, amigas de mi clase, la profesora Lily.

Pero luego vino el daño, la desesperación, la gloria de mi madre al interrumpir nuestras conversaciones, el afecto que mi padre me procuraba al enseñarme la verdad que se ocultaba detrás de algunos hechos y de algunos cuerpos como el de Lith.

Mamá no pudo soportarlo.

Mamá, al igual que ahora, no puede soportar la perseverancia de mi juventud, la belleza que se aloja en mí. Fuera y dentro. Fuera y dentro.

Esa belleza fue la causa del alud blanco, soy consciente, pero es mejor así: que papá se hubiese volado la cabeza, que papá no hubiese entrado nunca al cuarto de Lith. Que todos hubiésemos callado ha sido lo mejor. Que los monstruos pernocten en la latente oscuridad de nuestras vísceras nos ha hecho más fuertes, eternamente resistentes pese a la erosión, a las vibraciones al otro lado del muro.

La mayor parte de las familias que hemos conocido no han buscado nada a lo largo de sus vidas. Y papá nos ha obligado a buscar y, al buscar, estamos sobreviviendo.

Hemos hecho de nuestra biografía un acontecimiento interesante, hermoso,

digno de ser escrito. Papá respira todavía a través de nosotras. Nos quiere como no se quiere a nadie en el mundo.

Deberíamos sentirnos satisfechas, plenamente satisfechas. Henry entenderá lo que estoy intentando descifrar. El monstruo es benigno, pese a su agujón, pese a su demoledora atracción hacia la juventud que permanece en mí, como si jamás hubiese crecido, como si jamás hubiese dejado de proteger a mi hermana, mi querida Lith.

22

No puedo esperar.

Necesito su polla en mi interior.

Necesito que me hable de ese poema de Byron donde el fuego consume el centeno.

Necesito expandirme.

Necesito no morir.

Pero la mortalidad me hace más libre.

La luz es desaliento; la luz que emana de esa ventana sin estores.

Queda menos tiempo para contemplar las ruinas de Grecia. No he viajado a Atenas. Lo haré con Henry. Tengo que proponérselo.

Tengo que dejar de huir.

Tengo que dejar de estar húmeda.

Veo vídeos en *Youtube* donde las crías de pingüinos son devoradas por petreles. La violencia es inherente a los ecosistemas.

Odio a Mickey Mouse.

Odio tantas cosas que gustan a todo el mundo.

Odio los finales felices de las novelas.

Odio el adjetivo *interruptus*.

Tengo hambre de ti, Henry.

Tengo hambre de un cadáver.

Imagino el escorzo en un cuadro renacentista.

La sonrisa de la Gioconda es la sonrisa maligna del petrel.

No puedo dormir.

Quiero ver a Henry cuanto antes.

Quiero que se muestre vehemente.

Quiero que se cague en Le Pen.

Quiero que insulte a los fascistas.

Tengo que...

Tengo ...

23

Me ha golpeado con fuerza.

Sí, lo ha hecho. Tal y como se lo había ordenado mi padre antes de volarse la cabeza en su despacho.

No he podido hacer otra cosa con Henry que alabarlo en silencio, aunque las lágrimas, mis lágrimas, expresaran todo lo contrario. No he sido yo la que he hablado en primer lugar.

Ha sido él, después de abofetearme con la mano derecha y después con la izquierda en mi propio apartamento.

Papá me ha sorprendido de tal manera que aún sigo excitada.

El miedo se ha convertido en una atracción inconfesable, en un paseo por el borde de ese precipicio volcánico al que toda mi familia está destinada. Resbalo con las lascas.

Me duelen los pies después de caminar tanto tiempo descalza por ese sendero de vidrios que mi padre, después de muerto, ha creado para mí a través de imágenes de una plasticidad evocadora, gratamente evocadora.

Luego Henry me ha escupido.

Me ha llamado “*puta*”. Me ha dicho que era la cita perfecta, el lugar adecuado, el momento idóneo para que él me mostrara lo que mi padre quería de mí, aunque ya estuviese muerto, aunque fuese solamente carroña bajo la lápida blanca, junto a la de su hermano, mi tío Jacques, muerto por sobredosis a los treinta.

Mientras recuperaba el aliento, me ha dicho que mi padre y él se conocieron en el comedor de la facultad de Derecho. Henry había leído alguno de sus trabajos para un ensayo en inglés sobre Keynes y mi padre, casualmente, estaba impartiendo una serie de conferencias sobre inversiones y causas belicistas.

Se sentaron en la misma mesa y todo fue tan rápido, desmesuradamente rápido, que Henry no pudo decir que “*no*”. Si algo caracterizaba a mi padre, era esa capacidad de persuasión que lo había llevado al mayor de los triunfos profesionales, hasta el punto de rechazar un puesto en el FMI. ¿Por qué no aceptó ese puesto? Porque no estaba dispuesto a perder de vista la generosa contribución de Lith a la belleza de un mundo que papá quería retener más allá del cuerpo de su mujer o del mío.

“*Solo quería lo mejor para ti y lo mejor es que yo me encargue de aliviar tu dolor, porque eres una mujer extremadamente nostálgica*”, me ha repetido Henry antes de volverme a abofetear.

He caído al suelo, convencida de que no me quedaba otra cosa que obedecer, que dejarle hacer lo que papá había querido antes de su muerte, antes de que se cruzasen nuestras miradas en la cocina por última vez, y sonriese con la cautela de quien conoce mis puntos débiles. Era una sonrisa homicida. Porque no existe la ternura en sonrisas como esa. No puede existir.

Por esa razón, me atrajo Henry desde el principio, querida Fanny, tú, que siempre has tenido un gusto horroroso para los hombres, tú, que sigues sin contestar a mis llamadas, tú, a la que parece haberse tragado la tierra, o haber arrasado el alud blanco que tenía delante de mí.

Pero no te ha tragado la tierra.

Henry me ha hablado de ti y está claro que eres una mujer inspirada, inspirada por el oprobio de hacerme daño, de hacerme saber que papá sigue vivo en mí, en mi escueto ecosistema, en ese círculo marginal en que se ha convertido desde hace años mis escasas relaciones sociales. Eras una parte muy importante en este plan que papá había urdido antes de volarse la cabeza. Como a Henry, papá te convenció de lo que debías hacer conmigo. Tuvo que pagarte muy bien para que hayas desaparecido de París junto con tu ex. A ti, Fanny, mi querida Fanny, que tanto te gustaba pasear por los Jardines de Luxemburgo y frecuentar el barrio latino.

Lo que más me excita, Henry, es que algo tuvo que ver papá en ti para que te eligiese, para que siguieras enriqueciéndome desde la bondad interesada y desde el recelo.

Tu violencia, la que hoy me has demostrado, me pide que siga creyendo en papá, porque él siempre quiso protegernos de la mejor manera que supo.

Y ha pensado en mí incluso tras su muerte. Que mi padre lo tuviese todo estudiado es propio de su personalidad meticulosa, basada en el rigor y el estudio.

Cuando dejé de ser una niña, repudié muchas veces su actitud hacia mí, su lascivo interés en procurarme un tiempo que debía haber dedicado a mamá y a Lith, pero Lith estaba en peligro, si él me abandonaba y ocupaba toda su atención en mi hermana, a la que los celos y la vulnerabilidad de un carácter inconformista la habrían conducido a un recogimiento.

Solo yo puedo sostener ese recogimiento desde mi ingenuidad, desde las heridas que tramo, si quiero que el monstruo se regenere de una forma más lenta.

Henry, debo amarte.

Que papá te eligiese a ti es una razón más que suficiente para mantenerse a flote. Que pueda sentir que su presencia ha sobrevivido a su propia perdición, a su propia muerte, me conforta.

Henry, estoy en la obligación de amarte. No, mejor dicho. Estoy forzada a amarte. Y no veo nada malo en eso. Y, cuando mañana, vuelvas a casa, y me obligues a abrir la boca para llenarla de nieve, de nieve blanca, hasta el punto de asfixiarme, recordaré que no lo haces tú, sino el monstruo que tantas veces me acompañó a contemplar La Mona Lisa.

Ahora lo entiendo todo y amo el plan que has trazado para mí. Has conseguido nuevamente que la vida, mi vida, fluya con otra consistencia, con otra delicadeza, con otra intimidad, menos irreverente, pero también menos discreta.

Estoy forzada a amarte, como quiso hacer papá con Lith. Afortunadamente, mamá lo aceptó desde el principio. Por esa razón, no entendió que su marido se volase la cabeza en el despacho. Me ordenó enseguida que limpiase la alfombra, mientras mi hermana, en una esquina, asumía que el alud blanco era imparable y que no había otra posibilidad de resurgir, salvo que asumiéramos que todo sucedió por...

Por amor. Por Dios.

Por Amor.

Es hora de regresar a El Louvre.

Es tiempo de germinar. De ser generosa con la bondad de tus intenciones, papá.

Henry es un hecho, pues es el presente, como lo fuiste tú. Su violencia me hará más libre.

Es tiempo de reír, de renacer, de redimirse, de pasear por los parques.

Y, por ti, papá, me pondré delante de La Gioconda. Cogeré la mano de Henry y me sumergiré en ti, en tu herencia, en el esplendor de las hojas que ardían delante de nuestros ojos, gracias a la luz, al monstruo, al alud blanco, mientras mamá aprendía a hacer un pastel insípido de galletas con chocolate al otro

lado de la ciudad.

La vida es esto.

Contemplar la sonrisa que tienta. Coger la mano de Henry como cogía la tuya. Sentir las pulsaciones de un corazón que dominas desde tu féretro, como si, en realidad, no hubieses muerto, como si, en realidad, sobrevivieses dentro de ese cuadro tan inspirador.

Eres un dios. Amor. Mi dios.

Cálmate. Mi alma está a buen recaudo.

Tu opinión me interesa

Tras la lectura de alguna de mis obras, puedes ponerte en contacto conmigo a través de mi e-mail personal: ulisesnovo7@gmail.com. Encontrarás mi perfil tanto en Twitter, como en Facebook o en Instagram.

En este enlace para Amazon, podrás encontrar todas mis obras: <https://goo.gl/WSwkDh>

Gracias por ser tan generoso.

Breve nota biográfica de Ulises Novo

Ulises Novo es el pseudónimo de un antropólogo, escritor y crítico literario con numerosas publicaciones a sus espaldas. Su trabajo actual está vinculado a sus dos grandes pasiones: la literatura y los medios de comunicación. Puedes encontrar gran parte de su oficio como articulista en el periódico de análisis global Mundiario: <http://www.mundiario.com/author/ulisesnovo>.

Ha ganado numerosos premios literarios y todas sus obras reflejan su corrosiva visión sobre la crisis de valores en la que está sumergida la sociedad actual.

El sociólogo Zygmunt Bauman ha definido esta coyuntura como “sociedad líquida” porque las vidas de los ciudadanos, sin rumbo fijo, están inspiradas en la precariedad y la incertidumbre. Los trabajos de Ulises Novo son una forma de indagar en esa concepción sobre nuestra forma de convivir.